

## Entre libros y comentarios



### *Sobre dolores y laceraciones*

*A Ernesto Sábato*

Existe en el hombre una necesidad aparentemente natural de obtener poder y supremacía por sobre el resto de la sociedad, lo que comunmente pretende justificar el empleo de formas absolutamente distantes de los principios humanitarios. La canibalización del ser humano en pos de beneficios personales o sectoriales, o la mera carrera por el manejo de los resortes del poder, evidencian la esterilidad de las pautas de formación que impone este tiempo de cerebros utilitarios y corazones matemáticos. El regreso del hombre a las cavernas, a la sumisión a través de la fuerza, es una realidad contemporánea a esta era de avances tecnológicos, con el agravante de que se ha sustituido el garrote, -elemento aunque contundente todavía romántico- por argucias y engranajes milimétricamente pensados. Dotados de una agudeza y efectividad tales que permiten acceder a las más variadas bajezas, tomando de la caja de Pandora todo aquello que allane el camino hacia el poder. De esta semilla, y a la sombra de una cul-

tura del oportunismo, nacen las dictaduras, es decir, el avance de la fuerza en favor de la sofocación de las ideas. El poder absoluto. La autocracia y la dominación. El ahogo de las libertades individuales. Un paraíso en donde el hombre es obligado alimentarse del fruto de la mediocridad, perecer, o exiliarse en pequeños infiernos personales. El silencio.

Dictadura: "Gobierno que se ejerce fuera de las leyes de un país, invocando el interés público." (Dicc. Magister-1970-Ed. Sopena, Argentina) El retroceso arbitrario a una Edad Media en la que el hombre no tiene permitido beber del agua que ha probado. Las dictaduras son el reflejo claro del imperio de la prepotencia sobre la ley y la razón. El despotismo y sus garras milenarias sobre la voluntad de los más débiles.

A partir de ello queda sobreentendido que toda manifestación que exceda lo mecánicamente permitido, se convierte en un atentado contra este nuevo "orden", cuya raíz se nutre en la subversión del estado de derecho, el

relegamiento de las instituciones republicanas, y esencialmente la supresión de las garantías que las constituciones proveen para los ciudadanos de una nación. Paradójica, trágica, e irónicamente, este cúmulo de bondades se presenta envuelto en la bandera del bien común, y bajo el desenfadado lema de preservar para las generaciones venideras lo que de plano se nos ha quitado.

El orden se constituye en mordaza del deseo, y las pasiones en pecado capital.

Un estado faccioso toma inmediata presa de todos los elementos de formación de pensamiento y opinión, discriminando y aboliendo aquello que aún puerilmente pueda proponer un ideal de soltura. La cultura es botín de guerra.

Nada parece escapar al control oficial, se tejen métodos de silenciamiento de la prensa independiente, se eliminan todas las formas de participación popular, se censura la creación o representación artística, ofreciendo a cambio una vasta fauna de abominables modelos de una cultura tan falaz como insípida. Se incautan publicaciones discrepantes. E incluso se censuran y proscriben obras cuyo tiempo de creación, temática y ambientación son sumamente distantes de los motivos que esgrimen quienes las censuran. Lo que hace doblemente incomprensibles las supuestas causas de su mutilación o prohibición. Así, en la historia, la humanidad ha presenciado la destrucción de valiosísimas obras de arte en oprobiosas hogueras moralizadoras. Casualmente en los umbrales de la Segunda Guerra Mundial, los partidarios de aquella locura que pregona la superioridad en

la raza, -tan alarmantemente palpable en nuestros días- ocupaban su tiempo en el deporte de alimentar su piromanía con escritos célebres, preferentemente de apellidos judíos, sin que ello fuera de carácter excluyente. La consigna es arrasar cuanto represente un punto de comparación, una invitación a la reflexión, o la sutil sugerencia de una realidad diferente a la impuesta.

Hecho que muestra a las claras la insolvencia de fundamentos de quienes detentan el poder supremo.

Como piedra angular de este sistema, se apunta principalmente contra quienes tienen la vocación de rescatar ideas, recrear pensamientos, haciendo pública la evidencia de lo contranatural del suceso institucional, por lo que los artistas ocupan en el concepto estatal el primer lugar en la nómina de enemigos de la sociedad. Acallar la voz de la conciencia es el objetivo, bajo la pantalla de combatir el fantasma de ideologías foráneas, y mantener en vigencia los valores más elevados de la "moral", el patriotismo y la fe. Una canción puede significar lo mismo que un arma, y la poesía, más cercana a los dolores de la tierra que a las deidades del Olimpo, cobra la forma de panfleto lesivo a los intereses del régimen. Nadie en su sano juicio, (y principalmente en un buen estado de salubridad moral) podría sostener que la sola tenencia de bibliografía disidente puede constituir delito, y mucho menos un acto violento en reacción a esa forma de desgobierno. La expresión de las ideas deja de estar garantizada, y aunque a veces no adopte el color de declaración oficial, las listas de prohibiciones y sugerencias de no difusión transitan,

anulando una porción fundamental de la comunicación cultural. Las editoriales desdeñan, en una suerte de autocensura, la obra de escritores marginados, a partir de la insinuación oficial de ser "inconvenientes" para la formación cultural de nuestra gente. De esta forma se logra aletargar la difusión masiva de textos que igualmente circulan en medios alternativos y marginales. Idéntica situación presenta la autocensura y "censura subliminal" por parte del estado, con las radiodifusoras, canales de televisión, teatros, bibliotecas públicas y por supuesto los programas de educación, o su aplicación por parte de los docentes.

Ante la sospecha o el rumor de que tal o cual obra es mal vista desde las esferas gubernamentales, los resortes del temor se activan tornándose una especie de paraguas llamado autocensura. Ello no carece de justificaciones válidas para quienes muy a pesar de sus propias convicciones deben desmontar espectáculos, permitir que se recorten escenas, soportar ridículos "bips" en cintas magnetofónicas, o lo que es peor, ver su obra literaria cuestionada por una crítica tan absurda como mal intencionada, carente por completo de concepciones de belleza, e investida de una mediocridad burocrática que solamente puede aceptar de buen grado los abortos culturales de adulones y genuflexos. La palabra es la herramienta más perniciosa con que cuentan los opositores, y es necesario establecerle un molde y una medida razonables. No hay espacio para la esencia, todo debe ser visible y mortuoriamente estático. Es preferible el silencio forzoso a las palabras con eco, a las frases que resuenen en la memoria colectiva. Nada ni nadie debe

ocasionar grietas en la hermética burbuja, ni debe alterarse la bucólica placidez del pensamiento, impartido desde las alturas. El ser humano puede ser feliz sin tantas complicaciones intelectuales y filosóficas. Basta con instaurar una atmósfera de festejo para que pueda disfrutar de una vida planificada en el orden. Lo demás, parecen ser perversiones de la mente. La hilaridad artificial, la imagen de "lo simple", son la clave para lograr una idea de que todo está bien. El contenido, la profundidad de las cosas, lo esencial, la sustancia, se tornan molestias innecesarias para el destino de los pueblos. Los otros, los que pretenden una visión alternativa de la existencia humana, deben ser -y por lo tanto son- automáticamente marginados. Es preciso establecer un lenguaje de símbolos a venerar, de consignas a cumplir, sin desvelarnos por la comprensión de su significado.

Por ejemplo, en los manuales escolares se enseña de un modo terminante que patria son los símbolos que a diario veneramos, cuando es más bello y profundo arribar al entendimiento de que "la patria" es la gente, sus logros, sus esfuerzos. Las derrotas. Sus terribles imperfecciones y loables aciertos. Los símbolos de identidad nacional son en todo caso la representación simbólica de la calidez de este ideal, que debe inspirarnos un respeto verídico, y no tan sólo una reverencia formal en los actos patrios.

En la Argentina, -como en gran parte de latinoamérica- los sistemas totalitarios han dejado profundas laceraciones en el cuerpo creador de la nación, en sus más variadas disciplinas, que incluyen desde luego a la ciencia. En el campo de las letras, los

otros, los marginados a causa del disenso, son innumerables.

No obstante, y a pesar de los eunucos que bufan y seguirán bufando, la libertad de expresarse, con la voz, con las manos, mediante la movi-  
lización, e incluso con el silencio

mismo, es un derecho bien ganado de los pueblos, y sus artistas son el espejo del alma colectiva.

Los pueblos saben cuando tienen que cantar.

*Sergio Manganelli.*

